

1282. nenado acaso por aquellos á quienes disgustaba su adhesión á los Cristianos; lo cual ha sido causa también de la muerte de muchos príncipes mogoles, por mas que se diga. En cambio los persiguió su hermano Ahmed, celoso musulmán, que destruyó las iglesias, rompió todos los tratados con los Francos, y solicitó la alianza del soldan de Egipto; pero este desconfiaba de él, mientras que los Cristianos vasallos suyos y los Mogoles lamaitas, odiando de consuno á Ahmed, le destronaron y mataron.

1284. Sucedióle Argun, el cual confirmado por Cubilai, acometió á los musulmanes, reconstruyó las iglesias destruidas, y declaró la guerra al soldan de Egipto; por lo cual volvieron á su corte los Cristianos de Oriente, rogándole que fuese á librar la Tierra Santa. Escribió á Honorio IV que recibió otras embajadas en 1286, y que las recibía con suma consideración, particularmente aquellas que le aseguraban que los príncipes mogoles trataban de hacerse Cristianos; pero respecto del objeto político nada se conseguía. Nicolas IV mandó á Tartaria á Juan de Montecorvino para convertir á aquellos príncipes, el cual, después de recorrer la Persia y la India, llegó predicando á la capital del imperio mogol, donde fundó dos Iglesias y bautizó en pocos años cerca de seis mil personas. El papa Clemente V le nombró arzobispo de Cambalik y primado de Oriente, y envió á su instancia siete misioneros franciscanos de sufragáneos. Solo llegaron tres, y tanto estos como otros que allí fueron, pintaban al Cristianismo mucho mas floreciente de lo que en realidad era, y sucedió muchas veces que se presentaron á los papas algunos aventureros que se decían enviados de los emperadores de la China, ó del preste Juan, para tratar de la conversión de aquel país (1).

En aquel tiempo el Genoves Biscarelo de Gisulfo, enviado por Argun para ofrecer socorros á fin de recobrar la Tierra Santa, visitó al papa y á los reyes de Inglaterra y de Francia, y la carta de Argun á este último, que aun se conserva, es el monumento mas antiguo de la lengua mogola en Oriente y Occidente, así como las cartas chinas con el sello fijo son las primeras que se vieron en Europa. Estos ofrecimientos no produjeron mejor resultado que la nueva embajada expedida por Argun en 1291, porque los Franceses no tenían ya interés en conservar relaciones con los Tártaros, y el papa, á pesar de mostrar el bien que de ellas había de reportar la Cristiandad, apenas era escuchado entre la oposición de intereses particulares. Por tanto procuró mas bien convertirlos que recobrar la Palestina; y en verdad que si lo hubiese conseguido, ¿qué mas se hubiera podido esperar de las Cruzadas que ver la civi-

(1) Semejante impostura se puso después en juego, pues cuando Carlos V se hizo coronar en Bolonia, llegó una carta del preste Juan, la cual se encuentra entre las *de principes á principes* recopiladas por J'ronimo Ruscelli.

lización difundida en un momento en el Oriente, penetrando en los arenales de la Tartaria y en las llanuras chinas? No se ocultaban á los príncipes mogoles las ventajas de aquella unión, pero el pueblo la miraba con indiferencia ó repugnancia.

Y esta indiferencia fué la causa de la repentina decadencia de los Mogoles. Mientras los Turcos que fueron á Oriente como esclavos, su bieron á los tronos musulmanes por el entusiasmo con que abrazaron el islamismo, los Mogoles, que no tuvieron afición á los secuaces de Mahoma ni á los de Cristo, se quedaron aislados y sin fuerzas; poco después los Il-kanios perdieron el poder en Persia y al cabo de sesenta años no encontraban una sola tribu de su raza.

Kangatú y Baitú fueron luego reyes de Persia: el primero favoreció á los musulmanes y persiguió á los Cristianos; el otro por el contrario; de suerte que fué destronado, sustituyéndole Casan, que hizo mucho daño á los Cristianos, hasta que se casó con la hija del rey de Armenia, que le ayudó á destruir á Naser Mohammed, sultan de Egipto, á tomar á Damasco y á devastar la Siria. Gran contento recibieron con esto los Cristianos que fueron desde Chipre á ayudarle, y él envió embajadores á Occidente para pedir una Cruzada; pero entretanto consiguieron los musulmanes una gran victoria sobre los Mogoles, echándolos mas allá del Eufrates. Casan murió al poco tiempo.

Olgetú, su sucesor, abrazó el islamismo después de bautizado, pero apenas subió al trono, procuró reanudar la alianza con los Cristianos, ofreciendo doscientos mil caballos, doscientas mil cargas de grano y cien mil soldados, y prometiendo conducirlos él mismo (1); pero Clemente V no pudo resucitar el entusiasmo de las Cruzadas. Olgetú, no obstante, emprendió la guerra contra los musulmanes, y escribió al rey de Francia una carta que se conserva en los archivos, teniendo al dorso una traducción italiana de aquella época (2). Pero otras discusio-

(1) Véase con cuánta ligereza se burla Voltaire de los ofrecimientos que hubiera hecho á San Luis un rey mogol.

(2) « La palabra del soldan Olgetú al rey de Francia :

» En los tiempos pasados, señores Francos, en el tiempo de nuestros abuelos, de mi buen padre y de mi buen hermano, había entre nosotros amistad y benevolencia; si bien se hallaban muy lejos, la buena voluntad estaba muy cerca, y no faltaban nunca á los Francos noticias de nuestra salud ni nuestros presentes. Ahora el Señor Dios me ha dado ayuda para subir al trono donde se sentaron mi abuelo, mi padre y mi hermano, y he observado sus mandatos, según eran y según los contratos que habían hecho y prometido con los señores y barones, teniendo yo sus palabras como sagradas. — Deseo que nuestras relaciones de amistad sean mas íntimas de lo que han sido hasta el presente, y en lo sucesivo no careceréis de nuestros mensajes. Por algunas palabras que hablaron personas mal intencionadas, nosotros los descendientes de Gengis-Kan hemos tenido por espacio de catorce años enemistad y guerra. Dios nos ha iluminado. Damur, emperador de los Tártaros y los emperadores Yapar, Yoquetai y Dona se han puesto de acuerdo para asegurar la paz desde los países donde sale el sol hasta vuestras fronteras; así que hemos preparado caballos para que lleven y traigan los mensajes. Cualquiera que piense mal de uno de nosotros, nos verá unidos en contra suya; siendo esto así, ¿cómo podremos abandonar ni olvidar la amistad que nuestros buenos mayores tenían con vosotros? Por tanto, os envío á mi embajador Tomas con este mensaje

nes y su muerte hicieron desaparecer toda idea de alianza entre los Mogoles y Occidentales. Las iglesias establecidas entonces entre los Tártaros se destruyeron, y los Francos que no hallaban otro medio de recuperar la Palestina, sino la alianza de los Mogoles, desistieron de tal empeño.

1284. Pero si bien se desvaneció esta idea, no sucedió lo mismo con la de poner en comunicación la civilización de Oriente y Occidente, que hasta entonces habían crecido separadas é iban uniéndose por medio de los viajes, de las expediciones, de las embajadas y de las misiones. Sempad Orbeliano, Aytú, rey de Armenia, dos David de Georgia y otros fueron llevados por la política á los confines de Asia: Jeroslaf, gran duque de Susdal, murió en Caracorun: muchos frailes franceses, flamencos é italianos desempeñaron misiones diplomáticas cerca del gran kan: este también envió embajadores á Roma, á Barcelona, á Valencia, á Londres, á Lyon, á París y á Northampton: un fraile franciscano de Nápoles fué arzobispo de Pe-king, y le sucedió un maestro de teología de la facultad de París, acompañándole un gran número de personas, como esclavos ó deseosos de ganancia, por curiosidad ó por celo. Un Inglés desterrado se puso al servicio de los Mogoles: un fraile francisco de Flandes encontró en el centro de la Tartaria á Pascuala, natural de Metz, robada en Hungría, á un platero de París, un joven de Rouen y varios Rusos, Húngaros y Flamencos: el cantante Roberto recorrió el Asia Oriental y murió en la catedral de Châtres; un Tártaro era el que abastecía de cascos al ejército de Felipe el Hermoso. Juan de Carpi halló sirviendo de intérprete á Kayuk, á un caballero ruso; le acompañaron en su viaje á Tartaria muchos comerciantes de Breslau, Polonia y Austria, y volvieron con él por Rusia algunos Genoveses, Pisanos y Venecianos. No merece la pena de recordar á Marco Polo y sus parientes.

En el siglo siguiente llevaron á cabo su viaje Juan de Mandeville, médico inglés, Pegoletti, Guillermo de Bouldeselle y otros, entre los cuales merece mención el beato Oderico de Pordenone (1). ¡Y de cuántos otros no se habrá perdido la memoria! Unos llevaban á tierras lejanas los conocimientos y artes de su patria, y otros los traían para aumentar la industria y la actividad comercial: consiguiéndose también que el conocimiento de las costumbres extranjeras ensanchase el limitado campo del espíritu europeo.

y á Mamalac, los cuales os dirán de palabra lo que falta en esta carta.

» Hemos oído que vosotros, señores Francos, estáis de acuerdo, y habéis hecho las paces, de lo cual hemos tenido gran contento, porque no hay en el mundo cosa mejor que la paz. De aquí en adelante entre vosotros y yo habrá armonía, y el que no cumpla nuestras determinaciones, nos tendrá todos en su contra, con la ayuda de Dios, y después suceda lo que Dios sea servido.

» Escrita en Muyan, el día V de abril del año MCCCVI de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo en Mogan. »

(1) Véase su viaje en la nota I.

Aun la invasión de los Mogoles produjo buenas consecuencias: el califato fué destruido, destrozado el poder de los asesinos, exterminados los Búlgaros, los Cumanos y otros pueblos septentrionales, y abatida la población de la Alta Asia; de manera que les fué fácil á los Rusos deshacerse de sus opresores, y se estableció en el Tibet y en la Tartaria una religión regular y pacífica con la jerarquía lamaica, á imitación de la católica. En aquella amalgama de pueblos, se introdujeron en la China las cifras usadas en la India, y los métodos astronómicos de los musulmanes, siendo traducidos al mogol el Evangelico y los Salmos. Es verdad también que los Orientales tuvieron siempre el poco razonable empeño de no aprovecharse por desprecio de las lecciones de la Europa.

Respecto al Occidente, se observa que las principales invenciones de la edad média eran en parte conocidas de los Asiáticos, como la pólvora de los Indios y Chinos, y de estos últimos la imprenta y el papel moneda adoptado por los Mogoles; los naipes fueron inventados en la China en el año de 1120. Es muy posible que estas novedades se propagasen en Europa por medio de las comunicaciones facilitadas por los Mogoles; en lo cual nos confirmamos tanto mas cuanto que las cartas para jugar al tarocco, que fueron las primeras que se hicieron, tienen una gran semejanza con las chinas en su forma, dibujos y número; los cañones fueron la primer arma de fuego usada en Europa y la única de los Chinos; el papel moneda fué impreso en tablas de madera estereotipa, precisamente como en la China (1); el *suán-pan*, instrumento aritmético de los Chinos, ha sido seguramente traído á Europa por el ejército de Batú, y se halla muy generalizado en Polonia y Rusia, donde la gente del pueblo que no sabe escribir se sirve de él para las cuentas pequeñas. Sin que tratemos de discutir aquí la certeza de estas invenciones, está fuera de duda que todas eran conocidas en el Asia Oriental, y desconocidas en el Occidente; y que después de un siglo de comunicaciones con aquellos pueblos, fueron conocidas en Europa, no por medio de los grandes pensadores sino de las medianías sin nombre.

## CAPÍTULO XVII

Sétima y octava Cruzada, 1218-79.

La Palestina se hallaba sufriendo nuevas desgracias. Cuando los Mogoles conquistaron el Carism, los fieros habitantes de este país que escaparon de sus flechas, se desbordaron por el Asia y la Siria, bajo el mando de Barba-Kan, cometiendo los mismos actos de ferocidad de que había sido presa su patria. Iban equipados

(1) El Veneciano Josafat Bárbaro supo, por un Tártaro que encontró en Azoff en 1430, y que había estado de embajador en la China, que aquel papel se imprimía cada año con *nueva forma*.



de una manera extraña con los vestidos y armas que habían recogido en el camino; llevaban delante millares de esclavos, y detras multitud de carros con el botín; no daban cuartel á los enemigos, fuesen Cristianos ó musulmanes, sucumbían sin quejarse, y el único grito de sus generales era vencer ó morir.

Los príncipes de Siria se aliaron contra aquel azote y los rechazaron mas allá del Eufórates; pero el sultan del Cáiro por vengarse del de Damasco, los llamó prometiéndoles la Palestina si le ayudaban á someterla. Así sucedió; cayeron sobre el país veinte mil batidores, y aquellos que con dificultad salieron libres de su desolada patria, anunciaron á Jerusalem la tempestad que la amenazaba. Despues de destruidas las fortificaciones no era posible defenderse, y resolvieron huir escoltados por los Templarios y los Hospitalarios, dejando solo los enfermos. Llegan los Carismitas, matan á los pocos que encuentran, y pareciéndoles escasa la matanza, enarbolan la Cruz sobre las torres y principian á tocar las campanas. Los fugitivos creyeron que la ciudad santa se había salvado por medio de algun milagro, y volviendo á ella en tropel, fueron degollados con una crueldad superior á todas las que había experimentado aquella ciudad, quedando destruidos el Sepulcro de Cristo y los de los reyes. En Siria todos los que podían llevar las armas las empuñaron, uniéndose fieles é infieles para librarse del peligro comun: los obispos, los caballeros, los condes, los emires, combatieron en Gaza contra los Carismitas con el valor mas obstinado, pero sucumbieron; murieron trescientos doce Templarios, trescientos veinticinco Hospitalarios y otros diez y seis mil combatientes; siendo infinito el número de los prisioneros: de las tres órdenes solo acudieron al llamamiento treinta y un Templarios, veintiseis Hospitalarios y tres Teutónicos.

Los Egipcios celebraron con fiestas públicas esta victoria, á que se dió mas importancia con las cabezas de los muertos y con los prisioneros; toda la Palestina cayó en poder de los Carismitas, excepto Jafa, delante de la cual fué conducido Gualtero de Brienne, conde de la misma, esperando que la aconsejaria se rindiese, pero léjos de esto exhortó á los sitiados á que continuasen firmes, diciendo: *Deber vuestro es defender una ciudad cristiana y el mio morir por vosotros y por Cristo*, y murió. Tomado Damasco, pidieron los Carismitas al sultan del Cáiro que les diese la Palestina, y no habiendo accedido este á su pretension, se ofrecieron al señor que poco ántes habían destronado, y pusieron sitio á aquella ciudad. Llegaron en esto los Egipcios, y ayudados de los otros emires de Siria, los destruyeron, de tal suerte que no vuelve á hablar de ellos la historia.

No por esto fué mejor la suerte de los Cristianos, que se hallaban exhaustos de fuerzas y amenazados á la vez por los Mogoles y los Otomanos. Asistieron al memorable concilio de Lyon (1245) el obispo de Berito y Balduino II,

emperador de Constantinopla, objeto de atención y de compasión. Tadeo de Suessa, á fin de separar de la cabeza de Federico la excomunion que pesaba sobre ella, prometia que este detendría las correrías de los Tártaros, restablecería el dominio latino en Grecia, y que él mismo iría á librar á la Palestina. Pero Inocencio IV, que conocía demasiado lo falaz de las promesas de Federico, permaneció sordo á sus ofrecimientos, y la herida que este le hizo pareció dolerle mas que la invasion de los Carismitas y el cisma griego. Se determinó hacer aun otra nueva Cruzada; el que tomaba la cruz, quedaba libre por tres años de impuestos y gabelas; los caballeros moderaron el lujo, los eclesiásticos multiplicaron las obras de caridad; se prohibieron los torneos, se mandó celebrar la octava de Navidad, y el clero pagó la vigésima parte de sus productos, y la décima el papa y los cardenales.

¿ Pero podía esperarse que las fuerzas de Europa se reuniesen para ir á Palestina cuando la Cristiandad estaba dividida y su cabeza temporal excomulgada? En aquel tiempo San Luis de Francia enfermó gravemente; y ya estaba abandonado como muerto, cuando de repente abre los ojos en medio del funeral lamento, se levanta y exclama: « La luz del Oriente se ha deramado sobre mí desde lo alto de los cielos: » la misericordia del Señor me libra de la muerte, Señor, Dios mio, bendito seas; » y pidiendo una cinta roja, la coloca en forma de cruz, la besa y se la pone sobre el hombro, haciendo voto de ir á la Tierra Santa; y aunque tratan de disuadirle Blanca, su madre, y los príncipes de la casa, no pueden conseguir que tenga otra cosa en los labios ni en el pensamiento que el Sepulcro de Cristo profanado. En una reunion de grandes y de prelados, Luis y el legado publican la Cruzada (1): toman la cruz los condes de Artois, de Poitou y de Anjou, hermanos del rey, y los primeros prelados y señores, entre ellos Juan, señor de Joinville, senescal de Champaña, que narró aquella expedición.

La reina Margarita, la condesa de Anjou y la duquesa de Poitiers tomaron parte en aquellas fatigas; y siendo inútiles todos los medios que puso Blanca para disuadir á su hijo de que abandonase la Francia en tiempos tan revueltos, se hizo cargo de la regencia. Luis unió sus ruegos á los del patriarca de Armenia y de otros Cristianos de Ultramar para que el papa volviese á bendecir á Federico II, á fin de que pudiese tomar la cruz, pero fueron en vano, y el emperador despedido informó á los musulmanes de los preparativos que contra ellos se hacían en Occidente, y declaró la guerra al pontífice.

(1) El contemporáneo Matias Paris, crédulo muchas veces por malicia, dice que la noche de Navidad acostumbraba el rey de Francia regalar á los señores de su corte unos vestidos que se los ponían inmediatamente. Aquel año mandó hacer mayor número de ellos, que fuesen mejores, y que se distribuyesen en una cámara oscura, donde iban los señores á oír misa, encontrándose al amanecer con que todos estaban adornados con cruces de oro.

Luis recibió en San Dionisio el zurrón, el bordon y el oriflama, y no dejó desde entónces el vestido de peregrino, ni volvió á usar pieles ni telas de valor; las armas y los arneses de los caballos eran solo de acero, y el dinero que ántes se gastaba en cosas de lujo fué destinado á obras de caridad. Embarcóse en Aigues-Mórtes con cuarenta mil hombres, dos mil ochocientos caballos y los almirantes genoveses Hugo de Lercari y Jáime de Levanto, yendo á invernar á Chipre con Enrique I de Lusitania, donde se le unieron muchos Ingleses, Frigios, Holandeses y Noruegos. Pero; cuán funesta fué aquella detención! Los deleites y el vino de la isla consagrada á la diosa del amor debilitaron á los guerreros y relajaron la disciplina; la peste hizo grandes estragos, muchos se volvieron á sus casas, quedando otros reducidos á la mayor miseria, y lo hubieran pasado peor si Federico II no hubiese enviado una remesa de granos.

1248.

Creyeron oportuno comenzar su empresa por el Egipto, conquistado el cual sería fácil tomar la Palestina, porque es imposible conservar esta sin poseer aquel. Con idea de colonizarle, Luis llevaba consigo arados, azadones y semillas; y con muy distinta intencion de un conquistador de nuestros dias que allí mismo declaraba buenas todas las religiones, intimó al sultan: « Tened presente que os perseguiré como enemigo hasta que pueda llamaros Cristiano y hermano. » Malek Saleh Memgeddin recibió esta declaración de guerra en su lecho de muerte, y respondió llorando con el Coran: *El que combate injustamente, perecerá*. Fueron conducidos los Cruzados desde Limisso á Damietta en mil ochocientas naves que la valiente y vencida tribu de los Benikenon dejó al rey de Francia, el cual se había embarcado ántes que ninguno de su ejército gritando *Mont-joie Saint-Denis* y confundiendo á sus enemigos; y con la cabeza descubierta y descalzo, lo mismo que los otros señores y obispos, entró procesionalmente en la ciudad entre los *Kyrie* y el *Te Deum*.

1249.  
15 de mayo.

¿ Con cuánta admiración veían los Septentrionales aquellas arenas de la costa, rodeadas del fresco verdor del liuo, de tamarindos, de bananos y naranjos; los plátanos, los sicomoros y los granados que elevaban su ondulante cabeza sobre las cañas y el papiro; las anchas hojas del loto y del nenúfar que sobrenadaban en el agua de los arrozales, y el íbis y el cocodrilo que se bañaban en el rio! ¿ Con cuánta veneración recordaban todos los misterios de aquel Egipto, aquellas pirámides construidas quizá por los hijos de Jacob, y el Nilo, donde se había salvado Moises, y las copudas acacias bajo las cuales habría reposado acaso el fugitivo Jesus.

Allí esperaron los Cristianos seis meses á los que habían quedado atras y los nuevos refuerzos de la nobleza de Francia; pero en este tiempo se reprodujeron los acostumbrados desórdenes, las disputas sobre la distribución del botín, los excesos de crápula y lascivia, las fieras rivalidades y la relajación de la disciplina. Entre-

tanto los Beduinos los molestan y les impiden forrajear; con el afán de ganar el besante de oro que el sultan del Cáiro les había prometido por cada cabeza de Cristiano que presentasen, consiguen por medio de pequeñas victorias difundir el terror por el campo.

Pero ¿ convenia sitiar ántes á Alejandría ó al Cáiro? El conde de Artois probó que para matar á la serpiente se debía quebrantarle la cabeza; y se dirigieron á la inmensa capital sesenta mil Cruzados, seguidos de la flota que llevaba las municiones por el Nilo. Negmeddin hizo nuevas proposiciones de paz, prometiéndole restituir el reino de Jerusalem y los prisioneros y ceder á Damietta, pero murió sin que se le escuchase, y hallándose en Asia su hijo Moadham Turan Schá, se encargó del gobierno Fakr-eddin general de los ejércitos. Cuando ya los enemigos se adelantaban, envió este un edicto que debía leerse en la gran mezquita, y que decía: « Grandes y pequeños, corred, que vuestras armas y riquezas son necesarias á la causa del Señor. Los Francos, que Dios confunda, han llegado á nuestro país con espadas y estandartes, y quieren apoderarse de nuestras ciudades. ¿ Qué musulman rehusará salirles, al encuentro para vengar la gloria del islamismo? »

El ejército cristiano sufrió graves daños tanto por el fanatismo exaltado de aquel pueblo, como por el fuego griego (1) y las inundaciones del Nilo. El conde de Artois, siempre atrevido en sus determinaciones y en sus obras, quedó muerto atacando á los Turcos en Mansurá; pero tambien lo fué Fakr-eddin; y Luis vengó á su hermano con dos notables victorias.

1250

Su ejército, sin embargo, estaba diezmando por el fuego griego y por el hambre. Era sobremanera edificante la devoción y la confianza del rey y de sus caballeros en la asistencia de Dios: Joinville, amenazado del fuego, se pone de rodillas y dice rezando: « Creedme que estas oraciones y plegarias nos libran de un gran daño. » Luis escribe acerca de una gran

(1) « Ung soir advint que les Turcs ammenèrent un engin qu'ilz appelloient la perriere, un terrible engin á mal faire; et le misrent vis á vis dez chaz chteilz que messire Gaultier de Curet et moy gueltions de nuit. Par le quel engin ilz nous gettoient le feu gregois á planté (en abundancia), qui estoit la plus horrible chose que onque jamais je veisse. Quant le bon chevalier messire Gaultier mon compaignon vit ce feu, il s'écrite et nous dist: — Seigneurs, nous sommes perduz á jamais sans nul remede. Car s'ilz bruslent nos chaz chteilz, nous sommes ars et brulez; et si nous laissons nos gardes, nous sommes ahontez. Ponrquoy je conclu, que nul n'est, qui de ce peril nul peust defendre, si ce n'est Dieu, nostre benoist createur. Je vous conseille á tous, que toutes et quantes fois qu'ils nous getteront le feu gregois, que chacun de nous se gette sur les coudes et á genoilz; et crions mercy á nostre Seigneur en qui est toute puissance... La maniere du feu gregois estoit telle, qu'il venoit bien devant aussi gros que un tonneau, et de longueur la queue en droít bien comme d'une demye canne de quatre pans. Il faisoit tel bruit á venir, qu'il sembloit que ce fust fouldre qui cheust du ciel, et me sembloit d'un grant dragon volant par l'air, et gettoit si grant clarité qu'il faisoit aussi clar dedans nostre ost comme le jour, tant y avoit grant flamme de feu. » Y en otra parte: « Toutes les fois que nostre saint roy oit que ilz nous gettoient le feu gregois il se vestoit en son lit et tendoit ses mains vers nostre Seigneur, et disoit en pleurant: « Biau sire Diex, gardez moy ma gent. » JOINVILLE.



victoria estas palabras: « El primer viénes » de cuaresma fué cercado el campamento por » todas las fuerzas sarracenas, pero habiéndolo » sabido los Francos, rechazaron á los infieles » causándoles grandes pérdidas. » Pero á pesar de lo que Luis rogó á Dios, y de lo que lloraba al saber las repetidas desgracias que ocurrían; por mas que acudía al socorro de los necesitados y sostenía el valor de todos, no encontró medio de salvar el resto de su ejército, sino volver á Damietta.

El escorbuto que se desarrolló, con tantos cadáveres, los malos alimentos y las aguas corrompidas, atacaba igualmente á los débiles y á los fuertes; Luis mismo curaba los enfermos y los consolaba exponiéndose al contagio, de suerte que fué también acometido de la enfermedad. No necesitaban los mamelucos por tanto exponerse á los peligros de las batallas, bastándoles esperar á que la enfermedad destruyese el ejército cristiano, á quien habían privado de víveres. Así, pues, los Francos tuvieron que solicitar avenencias, pero el soldan no quiso aceptar otros rehenes sino el mismo rey. Los barones no consintieron, aunque tuvieran que arriesgar su vida, y determinaron retirarse. No quiso Luis abandonar el ejército aunque se hallaba sumamente débil y marchó con él á retaguardia; pero fueron derrotados por los Sarracenos, que también les robaron los bagajes, les incendiaron la flota y exterminaron á cuantos alcanzaban: Luis cayó prisionero y fué conducido á Mansurá, sin mas que el breviario en que leía con la misma calma y resignación que si estuviese en su capilla. Se hallaba en estado de no poderse tener de pié, privado de las cosas mas necesarias, con solo un vestido que le había dado un pobre Árabe y mas que un criado, y sin embargo no dejó escapar la menor muestra de impaciencia.

Llegó esta triste noticia á Damietta, donde estaba Margarita, en dias de parir, y llena de espanto quiso que durmiese en su cámara un caballero de ochenta años que ella eligió, el cual la tenia cogida la mano mientras dormía y al despertarse la aseguraba que la habitación no había sido invadida por los Sarracenos. Una noche se echó á los piés de aquel diciéndole: « Caballero, juradme que haréis lo que yo os diga. Y habiéndoselo prometido, continuó: Si » los Sarracenos toman esta ciudad, os mando » que me cortéis la cabeza, antes de que me » hagan prisionera. — Así lo haré, respondió » el viejo, ya había yo pensado en ello. » Pero despues dió á luz un niño, que por aquella circunstancia se llamó Juan Tristan. En aquel mismo dia tuvo noticia de que algunos Genoveses, Pisanos y otras gentes de mar se preparaban para hacerse á la vela. Ella los llama alrededor de su lecho y les dice: « Por el amor » de Dios, señores, no abandonéis la ciudad, » porque su pérdida produciría la del rey y la » de todo el ejército. Muévaos á compasión mi » llanto y la desgracia de este pobre niño. » Pero ellos, como buenos comerciantes, se con-

San Luis prisionero.

1259.

movieron tan poco con aquellas súplicas, que no hubieran desistido de su empeño, si Margarita no hubiese comprado todos los comestibles que quedaban en la ciudad y se los hubiese dado segun pedían.

¡Bello espectáculo ofrecía en medio de tantos desastres el distinto valor de los dos esposos! La mujer, con las debilidades y virtudes propias de su sexo, estaba sostenida por el amor á su marido y su hijo; el rey, mas compasivo con las desgracias ajenas que con las propias, estaba resignado y tan animoso que causaba admiración á sus enemigos. El soldan le envió cincuenta vestidos magníficos para él y su comitiva, pero él los rehusó diciendo que siendo señor de un reino mayor que el Egipto, no se pondría nunca *librea* (1) de un príncipe extranjero: tampoco aceptó un banquete, por no presentarse al ejército, ni quiso rescatarse cediendo á Damietta y lo demás que poseían los Francos en Palestina. Entónces el soldan le amenazó con enviarle al califa de Bagdad, ó llevarle consigo en triunfo por todo el Oriente ó hacerle sufrir los tormentos mas terribles; pero él respondió: *Soy prisionero del sultan y paede hacer de mí lo que quiera*; y seguía rezando el oficio.

Habían caído prisioneros mas de diez mil, y se sacaban cada dia de la prision doscientos ó trescientos para obligarlos á renegar de Cristo; el que obedecía era absuelto, el que no degollado; cansados despues los verdugos, los trasladaron al Cáiro sumidos en la mayor miseria, y allí unos murieron de hambre y otros fueron distribuidos como esclavos, sin esperanza de volver á su patria. Los barones, despreciando las amenazas y los suplicios, continuaron sumisos á la voluntad del desgraciado rey con mejor deseo que en los tiempos de su grandeza. Al fin el-Moadhan hizo proposiciones ménos duras, y pidió á Damietta y un millon de besantes de oro (35 millones). Sabiendo que aquella ciudad no podía sostenerse por largo tiempo, dijo Luis: « Un rey de Francia no se rescata con dinero. » Daré á Damietta por mi libertad, y el millon » de besantes por mi ejército. » El soldan replicó: « Rey franco y liberal á fe mia es el » frances, que no se mete á regatear y paga lo » que se le pide. Le perdono doscientos mil besantes. »

El jóven soldan era saludado por todo el islam como glorioso vencedor; pero estaba al borde del abismo. Había disgustado á muchos ministros de su padre, y principalmente á los mamelucos ó esclavos comprados, de que se componía su guardia desde Saladino, y que habían gozado de muchos privilegios. Quejosos de que hubiese concluido la paz sin contar con los que habían sostenido la guerra, esparcieron la voz de que trataba de matar á los principales emires, promovieron una sedición, y tres dias antes de que fuesen los Cristianos libres de sus

(1) Librea viene de *livrée*, y se llaman así los vestidos que, como hemos dicho ántes, eran dados (*livrés*) por el rey en las solemnidades.

Los mamelucos.

1250.

cadenas, degollaron á Moadham, extinguiendo así la dinastía de los Ayubitas, y poniendo en su lugar una turba de esclavos, que extendieron el despotismo en el país de los Faraones, hasta que á fines del siglo pasado otro ejército frances promovió una nueva revolución que exterminó á los mamelucos (1).

Los sediciosos estuvieron á punto de matar á los príncipes franceses; pero aplacado el primer furor, sintieron respeto á la presencia de Luis y necesidad de justificarse del asesinato que habían cometido, y le ofrecieron el trono de Egipto. Despues confiaron el poder á la sultana Chayer Eddur, que ya lo había ejercido, y que habiendo sido separada de él por su hijo, fué la principal promotora de su ruina; dándole por atabek al Turcomano Ezzeddin Aybek, que había ido á Egipto en clase de esclavo. Se acuñó moneda con el nombre de una mujer, ó por mejor decir, de una esclava; novedad que desagradó al califa de Bagdad, naciendo de aquí turbulencias que ponían en peligro la suerte de los Cristianos. Por fin se ratificó el tratado, y los emires debían jurar que lo observarían, so pena de quedar infamados como los que van á la Mecca con la cabeza descubierta, ó reciben de nuevo la mujer que han repudiado; y Luis había de escupir y pisar la Cruz, renegando de Dios. Pero este rechazó aquella fórmula como blasfema é indigna de un rey, por cuya negativa faltó poco para que pereciese el ejército: los emires sin embargo se contentaron con su palabra diciendo: *Es el Cristiano mas orgulloso que se ha visto en Oriente*.

Entregada Damietta, los musulmanes, sin acordarse de lo pactado, mataron á los enfermos que allí habían quedado; y pensaban exterminar también á los prisioneros para asegurar el país, pero la codicia puso freno á la crueldad, reflexionando que *los muertos no pagan rescate*. El Islam celebró mucho esta victoria y cantaba esta canción árabe:

« ¿Verás al rey frances? dile estas palabras » de sincero amigo:  
 « Tú viniste á Egipto, ansiaste sus riquezas y » creíste disipar como humo sus fuerzas.  
 « Mira ahora tu ejército; tu imprudencia le » ha precipitado en el sepulcro.  
 « Cincuenta mil combatientes trajiste y no » hay uno que no haya sido muerto, hecho prisionero ó cubierto de heridas.  
 « Si algun dia le ocurriese vengar su derrota, » ó si por cualquier otra causa volviese á estos » lugares,  
 « Dile que la casa del hijo de Lokman está » preparada para que le sirva de tumba, y que » encontrará también sus cadenas y al eunuco » Tabyh, el cual ocupará el lugar de los ángeles » Monhir y Nakir, que preguntan á los muertos: » ¿Quién es tu señor? ¿Quién es tu profeta? »

(1) *Histoire des sultans mamelouks de l'Égypte, écrite en arabe par TAKIN-EDDIN-AHMED-MAKRIZI, traduite en français et accompagnée de notes philologiques, historiques, géographiques, par M. Quatremère. Paris. 1841. tom. I.*

Todo el Occidente estaba lleno de terror: Francia lloraba; el papa escribía pésames á Blanca y á Luis; todos los reyes prometían cruzarse; Federico II echaba la culpa al papa y preparaba naves en Sicilia; solo se aprovecharon de aquel desastre algunos piratas italianos, robando á los Cruzados que volvían, y Florencia se alegró de él por la enemistad que tenía con los Franceses. Algunos comenzaron á decir que Cristo estaba indignado con los señores, y que no aceptaba sus trabajos, sino los del vulgo, y un Húngaro canoso y flaco andaba predicando la libertad del rey y de Jerusalem, llevándose detras á los pastores y trabajadores, y levantando una bandera en que habían puesto el Cordero de Dios. Le llamaban el *maestro de Hungria*, y decia haberle enviado la vírgen María una carta para los pastores de Tierra Santa, por lo cual tenía siempre cerrada la mano; se refería que sus secuaces llamados *pastorcillos* multiplicaban los panes, porque los sostenía la caridad. Se reunieron en Flándes y en Picardía, pasaron á Amiens y á Paris aumentados con lo mas abyecto del pueblo, y se entregaron á excesos que no eran reprimidos por respeto á la intencion que abrigaban. La impunidad los enardece, principian á declamar contra el clero y luego contra el papa, hacen de sacerdotes y predicadores, y pronuncian aquellas palabras que mejor suenan al oído de la multitud: mas de diez mil salen de Paris gritando que van á Oriente, y destruyen lo que encuentran al paso; pero el pueblo de Bourges toma las armas y los dispersa, castigándolos terriblemente: algunos son destrozados en Burdeos y en Inglaterra.

Entretanto los mamelucos de Egipto, reconciliados con el soldan de Damasco, renovaban la guerra: las enfermedades destruían los ejércitos y los cadáveres yacían insepultos, hasta que Luis principió á enterrarlos llevándolos en sus propios brazos, y el ejemplo movió á los demás. Pagada la mitad del rescate y dejando doce mil prisioneros en rehenes del resto, marchó el piadoso rey á Acre, desde donde envió la suma convenida, pero solo volvieron libres cuatrocientos, habiendo quedado muertos algunos, otros renegados y retenidos otros. Francisco I, despues de haber obtenido á gran precio su libertad del inexorable Carlos V, apenas llega á la frontera francesa y sin permitirse ni aun tiempo para abrazar á sus hijos que van en rehenes por él, exclama: *Héme aquí rey de nuevo*. Puesto Luis en libertad, se detiene cuatro años en Palestina para consolidar la obra de los primeros Cruzados, reedificar los destruidos muros de la ciudad y concluir de rescatar los prisioneros y curar á los enfermos. Pero las necesidades de Francia le reclamaban, y teniendo noticia de la muerte de Blanca se dió á la vela, despues de fortificadas las ciudades de la costa, negándose, como le ofrecía el sultan de Damasco, á visitar el Santo Sepulcro, porque no quería ir como peregrino adonde en breve pensaba volver triunfante.

Pastorcillos.

1251. Abril.